



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

**Núm. 12.**

JUEVES 21 DE MAYO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

**4 CUARTOS EL NÚMERO.**

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion

**Tomo II.**

**PRECIO DE SUSCRICION.**

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

IMPORTANCIA DE LA ESTADÍSTICA, por Jimeno Agius.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL JUDIO SAMUEL BEN'ADIA: (Conclusion), por F. J. Simonet.—LAS GRANDES CAPITALS, por Mauricio Block.—NOCHES DE INVIERNO: á un amigo, por Angela Grassi.—EL CARDENAL GRANVELA, por L. M. R. C. D.—ACTUALIDADES.

### IMPORTANCIA DE LA ESTADÍSTICA.

Achaque es de todo el que consagra su atención á un estudio cualquiera, encarecer su importancia, abultar su trascendencia y exagerar su utilidad. Témesese mas en semejantes ocasiones la crítica de haberse dedicado á trabajos de insignificante aplicación ó escasa valia, que la de no haber sabido corresponder al elevado objeto de tales estudios é investigaciones. Nosotros, sin embargo, que tememos mucho esta última censura, porque la ciencia á que nos hemos consagrado es moderna y por lo mismo incompleta, es vasta y elevada en sus aspiraciones, y por lo tanto difícil, no abrigamos la menor duda respecto á su excelencia é importancia. Tenemos, por el contrario, convencimiento profundo de sus beneficios, íntima persuasión de sus interesantes fines y arraigada fe en su glorioso porvenir.

Nosotros hemos consultado las páginas de la historia y hemos visto operaciones esencialmente estadísticas practicadas en la patria de los faraones, cuando apenas acababa de ser inventada la geometría por el sacerdote egipcio; en el pueblo hebreo, desde el instante mismo en que fue libre; en el reino persa, desde el momento en que quedó abierto á la civilización; en Méjico y Perú, aun antes de que el heroísmo español confundiera estos dos pueblos en la vida y movimiento universal; en

ese misterioso imperio chino, tan notable por la precocidad de sus descubrimientos como por la inmovilidad de su civilización; en Grecia, la patria de las grandes ideas; en Roma, el pueblo de las grandes realizaciones. Nosotros hemos visto posesionarse la idea estadística de la inteligencia de esos genios extraordinarios, cuyos detalles iluminan todo el mundo antiguo y que se llaman Moisés, Sócrates, Alejandro, Augusto. Hemos descubierto también sus huellas en los siglos medios cuyas luchas é ignorancia tan poco se prestaban al desarrollo de una institución que vive solo de la paz y crece únicamente bajo el amparo de la ciencia. Mas tarde cuando surgen las modernas nacionalidades de la huesa en que ha sido sepultado el feudalismo, la estadística es un principio de gobierno que influye ya en los destinos de la Europa y preocupa el pensamiento de Pedro I, Federico el Grande, José II y Luis XIV. La revolución francesa le da nuevo impulso y la asigna elevado puesto en sus destinos. Napoleon la asocia á su genio. En nuestros días, por último estamos observando que las naciones todas se apresuran á rendirle culto y se consagran con verdadero frenesí á la práctica de sus enseñanzas, como si trataran de reparar el olvido en que siglos de guerra y de atraso la han tenido; las ciencias han celebrado gozosas su advenimiento al terreno de las doctrinas, porque han reconocido en ella un nuevo y poderoso apóstol de la causa de la civilización y del progreso, y á su nombre se reúnen los sabios de todos los países para utilizar en beneficio de la humanidad los numerosos auxilios que aporta y las preciosas enseñanzas que contiene.

Y cuando hechos tan elocuentes se han ofrecido á nuestra vista, no hemos podido menos de suponer en la estadística grande importancia é inmensa trascendencia, que no puede ser idea liviana la que ha herido tantas inteligencias, ni institución inútil, la que mas ó menos imperfectamente, ha sido conocida en

los pueblos mas grandes de la historia. Principio, sistema ó doctrina que tan pronto se asoció á la humanidad en su marcha por el camino de la civilización, que tan fácilmente se ha extendido por todos los países, que de tal modo ha logrado llamar la atención de nuestro siglo, el mas rico en ideas, el mas grande en descubrimientos, no puede estar llamada sino á satisfacer una necesidad constante de los siglos y á realizar un principio del progreso comun á todas las naciones.

Y así es en efecto. Lo que caracteriza la historia, lo que jamás deja de encontrarse en sus páginas, es una aspiración constante y universal hácia el bien, hácia la justicia y el perfeccionamiento; y este es también el ideal de la estadística. Por eso se esfuerza por penetrar en la vida íntima de los pueblos, estudia su manera de ser, sus condiciones de desarrollo, consulta sus males se hace eco de sus dolores, investiga las causas de su malestar, espone, valiéndose de inflexibles cuadros, sus desgracias, insta con la elocuencia de sus cifras por toda clase de adelantos y reformas. Por eso toma al hombre al nacer, le acompaña en todos los actos mas interesantes de su vida, le contempla dentro de su hogar, en la escuela, en el templo, en el taller, ante las urnas electorales, ante los tribunales de justicia, y solo le abandona cuando desaparece tras la losa que cubre su cadáver. Por eso señala como terreno preferente para sus investigaciones el interior de los hospitales, el fondo de las prisiones, los subterráneos de las minas, las orillas de los pantanos, la vivienda del pobre donde quiera que el hombre sufre, su vida es difícil ó temprana su muerte. Por eso se apresura á ofrecer su auxilio á todas las ciencias que de algun modo pueden contribuir al bienestar del individuo ó al progreso social. Suministra á la economía política medios seguros de conocer con toda exactitud el resultado práctico de los errores que combate y las consecuencias positivas de las verdades que proclama. Ofrece á la ciencia del derecho, datos



figos que debe tener muy en cuenta para apreciar las causas de la criminalidad, la eficacia de las penas y la bondad de los procedimientos. Da á la historia medios de explicar muchos de los hechos que refiere y que de otro modo carecerían de sentido ó fueran causa de error para el que busca en sus páginas las importantes lecciones del pasado. Completa las investigaciones de la geografía y las hace mas útiles, porque considerando la tierra en su manifestacion mas alta, como la vivienda del hombre, la estudia siempre con relacion á tan interesante destino. Ilustra la medicina con hechos evidentes que dan mayor valor á sus doctrinas ó le obligan á abandonarlas para buscar otras mas en armonía con los resultados de la experiencia. Ofrece cumplidas demostraciones á las ciencias físicas, y no hay ramo alguno del saber humano que reclame su auxilio á quien niegue la autoridad indisputable de los hechos y la razon concluyente de los números. Por eso, en fin, considerando que la administracion es la providencia terrena de los pueblos, la señala como objeto preferente de sus enseñanzas, porque la variedad é importancia de los intereses que le están confiados, es la que mas fruto puede obtener de los hechos que espresan sus cifras y sus cuadros.

Asi es que la estadística da á conocer en todos sus elementos y erudiciones la poblacion, dato importantísimo que representa el poder, la riqueza y el alma de las naciones; explora y manifiesta en todos sus detalles y pormenores el territorio, que es á la vez el hogar y el patrimonio de los pueblos; fija con toda exactitud el desarrollo y productos de la agricultura, de la industria y del comercio, manifestaciones importantísimas del trabajo, que revelan al bienestar presente de un país y sus esperanzas para lo futuro; suministra fórmulas precisas para repartir con igualdad los impuestos; manifiesta el estado de las obras públicas, palancas poderosas en que el interés privado debe levantar el mundo á su mayor progreso; enumera los ejércitos con que el estado acude al sostenimiento del orden interior y á la defensa del territorio nacional; da á conocer la marina con que vela por los intereses de sus individuos en todos los mares y en todas las regiones; muestra el estado de instruccion de las diferentes clases de la sociedad, que representa el desarrollo intelectual de la nacion; muestra asimismo su moralidad, sin la cual todo progreso es incompleto y todo bien ilusorio; revela la condicion de los que por sus desgracias ó sus crímenes se hallan bajo la inmediata vigilancia de la administracion; denuncia toda clase de abusos, insta por toda clase de reformas é ilustra siempre con sus cifras cuantas cuestiones surgen de la íntima relacion que existe entre el individuo y el estado.

Sin duda alguna los extremos que acabamos de indicar no son en su mayoría mas que aspiraciones de la ciencia, conquistas que esta ansia, fines á donde se dirige; sin duda alguna tambien, los medios que hoy posee no corresponden al elevado y vastísimo objeto de sus investigaciones; sus vacíos son muchos, sus imperfecciones grandes; sus reglas reconocen límites que por lo estrechos no satisfacen y por lo vagos están reclamando nuevos estudios y adelantos; su carácter científico todavía no puede ser dogma, ni sus aplicaciones prácticas obras perfectas. Nosotros hacemos de buen grado todas estas concesiones á los que han negado su importancia á la estadística, considerando únicamente su estado actual y apartando la vista de su porvenir. Pero los que asi discurren deben tener en cuenta que juzgan una ciencia que, si bien tienen numerosos antecedentes el en tiempo, como doctrina es una conquista moderna; de manera, que lejos de sorprendernos su imperfeccion, lo que debe llenarnos de maravilla es que una ciencia que se halla todavía en sus albores, haya invadido ya las escuelas y penetrado en las academias, ocupe preferente lugar en las pu-

blicaciones de la prensa periódica, sea popular en muchos países, clásica en algunos y principio de gobierno en todos los que blasonan de cultos é ilustrados. Por lo demás, esa es la historia de todas las ciencias. Largas infancias, progresos lentos, verdades tardías. La botánica que ha revelado todo un mundo de seres de variados colores y caprichosas formas dentro del que se realizan las mas raras maravillas, los mas sorprendentes fenómenos, no ha sido durante largos siglos mas que una coleccion de consejos sobre el cultivo de la tierra y la curacion de las enfermedades que el labrador aplicaba rutinariamente dentro de los límites de su campo ó de las paredes de su hogar. La física que ha dominado el rayo, descompuesto la luz, medido el calor y dado múltiple destino á las fuerzas ciegas de la naturaleza, no fue en un principio mas que un arte de operar fingidos milagros con que falsos sabios alucinaban el vulgo, la magia. La química que ha llevado su poderoso análisis á todos los objetos con beneficio inmenso de la medicina que ha aumentado considerablemente sus remedios, y con igual beneficio para la industria que ha embellecido de una manera extraordinaria sus productos, no ha sido durante mucho tiempo mas que el tormento de generaciones de visionarios, la alquimia. La astronomía, en fin, esa ciencia sublime que es sin duda alguna la que da mas alta idea del poder de Dios y de la inteligencia del hombre, no ha sido mas que mentido poder que siglos ignorantes han invocado para penetrar en los insospechados misterios del porvenir, la astrología.

(Se continuará.)

J. JIMENO AGIUS.

## AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

Eppo era bachiller y muy apegado á la máxima de levantarse temprano y acostarse tambien temprano. Una tarde de verano estaba reposando tranquilamente en su sillón pensando que habia tenido muy buen acierto en hacer lotes de los bienes del gigante cuando oyó un ruido terrible encima de su cabeza. ¡Horror! el techo artesonado se hundia; las paredes tambien empezaban á conmovirse y á caer; Eppo no tuvo mas que el tiempo puramente preciso para saltar por una ventana (porque dormia en el piso bajo) cuando todo el castillo se hundió con estrépito quedando hecho un monton de ruinas; pero esto no sucedió por falta ó descuido del arquitecto ó del maestro de obras; no era tampoco que le faltaran cimientos; era que el terrible gigante Rackrent habia venido apresuradamente despues de hacer un convenio con los cerveceros sitiadores y que redujo á ruinas el hermoso castillo de Eppo, derribándole á golpes con su maza de hierro y riéndose del mal que hacia. ¡Construye otra vez en mis dominios! le gritaba, ¡ya verás qué bien te va!

Eppo, que no podia hacer frente al gigante, dejó el campo llevando consigo segun cuenta la tradicion una parte muy considerable de las cantidades que le habian suministrado los crédulos labradores. Todo eran lágrimas entonces en el valle de Eppstein, porque el gigante fue cada vez peor y se puso tan á mal, que no quiso que construyeran ni aun un establo para cerdos, porque todo lo destruía en seguida con su maza de hierro. Los habitantes del valle suspiraban porque volviesen los dias del caballero Eppo; y sus deseos fueron satisfechos al fin. Del mismo modo que el último de los tribunos cuando fue echado de Roma por los Colonas y los Orsinis, fue causa de que en la gran escalera del Capitolio pu-

sieran aquellas terribles palabras que decian: «Rienzi volverá;» asi el caballero Eppo volvió atrevidamente á Eppstein una hermosa mañana acompañado de una media docena de criados que llevaban mulas cargadas con sacos muy pesados. Eppo no quiso de modo alguno decir á los aldeanos lo que contenian estos sacos y encargó muy severamente á sus criados, que eran hombres robustos y vigorosos, que llevaban delantales de cuero y que parecian en todo herreros, que guardaran el silencio mas estricto acerca de lo que contenian los sacos. Por la tarde, que era la de un dia caloroso de verano, el caballero Eppo se encaminó apresuradamente hácia su desmantelado castillo, donde el gigante sin haberse molestado en poner nuevo techo, yacia como un oso viejo echado entre huesos y sangre. El monstruo tenia traza de pasar su siesta dentro de un recinto cerrado por murallas; allí le halló Eppo echado boca arriba, despues de haberse bebido algunas arrobas de vino de Tohannisberg en su comida, resguardándose del ardor del sol con algunas varas de tela burda y roncando de tal modo que hacia temblar las piedras medio desencajadas de las paredes. Inmediatamente el atrevido Eppo hizo una seña á sus criados, los cuales abrieron los sacos y sacaron de ellos una multitud de duros anillos de hierro y los unieron unos con otros con el mayor cuidado y diligencia. Rackvent, embrutecido con sus orgías, jamás se movia en su sueño, y Eppo y sus compañeros tuvieron ocasion de envolverle diestramente en una fuerte red de anillos de hierro. Sin embargo, á lo último, algunos sonidos inevitables de los anillos que chocaban entre sí, le despertaron, pero fue ya cuando se halló completamente cogido como una liebre en su cama. Era de ver entonces cómo juraba y se enfurecia, y cómo despues de esto suplicaba y pedia misericordia el miserable cobarde. Este espectáculo fue muy divertido para Eppo y sus compañeros que estaban alrededor del gigante poniéndose las manos en los vacíos, porque no podian ya soportar la risa y se rieron todavía mas cuando el aprisionado gigante, cogiendo el cuerno que llevaba colgado á un lado le hizo sonar poderosamente, porque el único efecto que produjo fue atraer á todos los jóvenes viejos y muchachos de ambos sexos del pueblo próximo que le rodearon dando gritos y palmadas de alegría al ver á su antiguo enemigo cogido en una trampa tal. El final de esto fue que todos ellos treparon á la cima de la roca mas alta que habia próxima, y desde allí lanzaron piedras y pedazos de roca sobre él hasta que dió el último suspiro. En agradecimiento á Eppo, porque los habia libertado, los habitantes del pueblo le reedificaron el castillo, el cual despues de concluido no era comparable por su hermosura y por lo inespugnable de su posicion á ningun castillo de Alemania.

El caballero Eppo llegó á ser señor Eppo de Eppstein y gobernó al pueblo de un modo aristocrático; en sus últimos dias tuvo algunas debilidades, pero fue siempre un señor altamente respetable y sus numerosos vástagos (porque se casó asi que hubo vuelto á reco-brar sus bienes) contrajeron alianzas con las familias mas principales y tuvieron un número infinito de cuarteles heráldicos. Los Eppos de Eppstein fueron en efecto una de las familias de barones, mas ricas y mas poderosas en la Alemania del Rhin, pero cuando la guerra de los Treinta Años perecieron todos los que entonces existian y llevaban este nombre.

—Esto es Homburgo, dijo el hombre gordo sacando la cabeza de entre los pliegues de su capote y frotándose los ojos.

—Sí, Homburgo, contestó el postillon que no comprendió mas que el nombre de ciudad y que se hizo político repentinamente con la esperanza de una buena propina, aunque durante las tres cuartas partes del camino habia sido brusco.

—¡Homburgo! repitieron el hombre flaco y el de la caja de hierro (que habian estado dur-



miendo todo el tiempo que yo he empleado en contar al lector la historia de Eppo y del gigante Rackrent, que lo he hecho así para librarle de tener que describir estas ocho millas que hay desde Francfort, porque todo estaba tan negro como la pez, y no se veía el paisaje). Esto es semejante á un pueblo de Cumberland.

El carruaje iba arrastrándose (porque los cuatro rocinantes que tiraban de él estaban medio muertos ya) por una calle estrecha y tortuosa con casas que parecían derribadas, construidas pesadamente y con los tejados muy salientes como las de la Suiza. Ni un alma se veía por la calle ni una luz en las ventanas; parecía un lugar de difuntos. Una iglesia vieja y fea con un campanario arruinado semejante á un pan de azúcar, al que le han cortado algunos pedazos de sus costados, se presentó á su vista en el momento en que volvieron la esquina de la calle, porque la luna que hasta entonces había estado oculta empezó á mostrarse en aquel momento; al lado de la iglesia estaba el cementerio lleno de fantásticas piedras sepulcrales y rodeado de paredes tan gruesas que parecían murallas para impedir sin duda que los muertos salieran al camino.

A lo lejos había un gallo que debía estar loco, puesto que siendo las diez de la noche no dejaba de cantar creyendo sin duda que era ya la mañana.

—A fe mía que este es un punto á propósito para traer aquí á las gentes, dijo el hombre gordo con un tono medio irritado, medio irónico. Esto es debido al trato de hombres de nariz colorada que hacen conocimiento en caballerizas, con enanos, monstruos, mujeres de rostro deforme y niños con dos cabezas. Ahora veo que Homburgo es meramente un lugar. Nos apearemos en una posada, iremos á dormir en camas con cortinas ordinarias, y mañana nos darán huevos y tocino para almorzar. Podremos pasar el tiempo hasta acostarnos en ir á la taberna y oír los cuentos que cuentan allí los concurrentes. ¿Qué diablos pensáis de esto? dijo volviéndose hacia el hombre de la nariz colorada, con un tono feroz.

—No es culpa mía, replicó el hombre de la caja de hierro; me habían dicho que era un punto mucho mejor.

—¡Os habían dicho! repitió el hombre gordo.

—Además, añadió el hombre de la caja de hierro, esto no será tal vez mas que un arrabal de Homburgo. Tal vez ahora veamos algo mejor.

—Sí, replicó el hombre flaco con una ironía despreciativa; sin duda alguna veremos el huerto y los patos en el estanque. A fe mía que nos habeis traído á un buen punto.

Apenas habían salido de boca del hombre flaco estas espresiones tan duras y poco convenientes, cuando por la estrecha y mal empedrada calle fueron á salir de nuevo al camino real. Despues pasaron por una línea de huertos, por lo que la luna permitía ver, luego por un bosquecillo de árboles frondosos y luego entraron en una calle ancha, hermosa, bien empedrada, y de una longitud al parecer infinita. No había en ella faroles de gas, pero una multitud de reverberos grandes de aceite estaban colgados de cuerdas que cruzaban la calle de una acera á otra por la parte de arriba; se veía una multitud de tiendas brillantemente iluminadas con gas, muy bien adornadas y provistas de un modo espléndido. Allí había joyeros, relojeros, modistas, confiteros, almacenes de tabaco, librerías, impresores y tiendas de tirolese. El aire estaba impregnado de humo de hermosos cigarros, de olor de agua de Colonia y de otras esencias. Por todas partes había grupos de dandys con bigote retorcido y con magníficas botas de charol y de señoras con sombreros encantadores y cuyas crinolinas hacían un crugido que era llevado por la brisa de la noche. Se veían también grandes edificios blancos con ventanas de celosías encima de las cuales se podía leer:

«banco de comercio,» «banco del landgraviado,» «banco de descuento» y «banco y oficina de cambio.»

—Hemos pasado ya tres Rothschilds, exclamó con sorpresa el hombre gordo. Creo que dentro de poco vamos á llegar á la estatua del becerro de oro.

A la mitad de esta gran calle el camino se separaba unos cien pasos formando un espacio cuadrangular, el cual estaba cercado de arena gruesa y dividido en cuadros y pequeños parterres y atravesado en su centro por una ancha calle formada por una doble fila de naranjos espléndidos cargados de fruto. En línea paralela á la calle había un edificio suntuoso de arquitectura griega, cuyas grandes ventanas resplandecían por el gas; ante la puerta había carruajes parados, mientras que lacayos con librea, mas dandys y mas señoras entraban y salían en la casa.

—El Casino, dijo el postillon apuntando á la casa con su látigo.

También había allí casas anchas, altas y hermosas, cuyos cuartos bajos parecían estar ocupados por cafés, porque en ellos se podía ver á los viajeros perezosos, fumando, bebiendo y jugando á las cartas, al dominó y al billar. Los balcones también estaban llenos de señoras y caballeros, refrescando y coqueteando en la noche apacible. ¿Qué casas eran estas?

—Fonda de Baviera, murmuró el postillon apuntando con su látigo á un vasto edificio.

—Fonda de las Cuatro Estaciones, fonda de Roma, fonda de la Hermosa Estrella, del Emperador, de la Europa, de la Corona de Prusia, de Hesse, de Francia, fue diciendo sucesivamente el postillon y apuntando de derecha á izquierda con su látigo.

—¿Qué decís? era la incesante pregunta del hombre gordo.

En el momento en que se prepararon vieron un gran perro blanco que se adelantó hacia la cabeza de los caballos como si quisiera saludarlos. Era un hermoso perro limpio, perfumado, rizado y adornado; era un perro dandy en toda su perfección. Levantó su húmedo hocico hacia los tres viajeros, y parecía decirlos: aquí estoy; cogedme; yo soy la civilización, soy la vanidad. ¡Sed vosotros bienvenidos!

—Esto es como París, dijeron los tres casi al mismo tiempo.

—París es muy hermoso, repuso el postillon; pero Homburgo es también hermoso, ¡oh! ¡extraordinariamente hermoso!

Cuando se viajaba por Alemania en coche de camino insisten siempre en llevaros de una estación de posta á otra, porque creen que no podeis dejar el carruaje hasta el último punto de su destino. Así el postillon insistió con los tres viajeros para llevarlos por lo menos cien varas mas allá de la fonda de Francia, donde nuestros viajeros se habían decidido apearse, segun la recomendación hecha al hombre de la caja de hierro por el enano de la casa de postas de Francfort. Sin embargo, se vieron obligados á ir á la casa de postas de Homburgo, donde se descargaron los equipajes de todos los viajeros, distribuyeron algunas propinas á los mozos y al conductor, y habiendo vuelto atrás, diez minutos despues se hallaban cómodamente instalados en tres habitaciones separadas en la fonda de Francia de Homburgo.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

#### EL JUDÍO SAMUEL EBN'ADIA.

(CONCLUSION.)

Muertos los tios de Amrulcais, y viéndose este príncipe sin parientes ni amigos, y sin recurso alguno con que hacer valer sus derechos al trono de su padre, solicitó el auxilio del emperador Justiniano, con cuyos antecesores habían estrechado alianza los reyes de la

dinastía de Quenda. Empero, como nada consiguiese por mensajes, y por otra parte, no le fuese ya posible el vivir en la Arabia, donde todas las tribus rechazaban al perseguido del rey Hira, determinó ir en persona á ponerse bajo el amparo del emperador. Los designios de Amrulcais eran reclamar de este monarca, invocando las antiguas alianzas de sus ascendientes, al un socorro de tropas con que volver á reconquistar sus perdidos Estados. La triste experiencia de tantos reveses no había desengañado aun al héroe infortunado que iba á esponderse á otros mayores. Pero Amrulcais, antes de emprender esta nueva peregrinación, que debía ser acaso mas larga y llena de peligros que las anteriores, necesitaba poner en salvo algunos bienes que aun conservaba como magnífico resto de su antigua grandeza, y sobre todo su tierna hija Hinda. La hermosura de esta doncella y la magnificencia de cinco soberbias armaduras que poseía Amrulcais, heredadas de sus mayores, y que eran lo mas precioso de sus bienes, habían ya movido á muchos á codicia, intentando apoderarse de entrambos tesoros. El que mas cuidado daba á Amrulcais, aunque mas disfrazaba sus intentos, era el príncipe Ghassanita *Alharetz-ebon-Abi-Xammer*, que con el deseo de poseer aquellas ricas armaduras había llegado al extremo de fingirse locamente enamorado de Hinda, pensando hallar en el afecto y confianza de esta jóven, un medio para llevar á cabo su perfidia. Vemos, pues, que todo se conjuraba en daño del infortunado príncipe, á quien en su desgracia todos perseguían y procuraban su ruina. Hinda, niña tierna é inocente, era incapaz de sospechar las pérfidas intenciones de Alharetz, y tuvo la debilidad de concederle un amor puro, pero no por ello menos sincero y ardiente. Amrulcais, acosado á un tiempo por tantos males, engañado por sus ánimos y esfuerzo, pensaba hallar remedio á todos.

Una mañana Amrulcais, acompañado de pocos leales servidores que conducían el resto de su fortuna, y á su hermosa hija Hinda, llegó al castillo de Alablac. Habíanle encarecido la fidelidad de Samuel y el amparo que concedía en su inespugnable fortaleza á cuantos á su protección se acogían; así es que resolvió depositar en sus manos todos sus bienes.

La ruidosa fama del rey errante había llegado al pacífico señor de Alablac, á quien no pudieron menos de conmover tales infortunios. Así es que al pronunciar Amrulcais su nombre ante Samuel y rogarle que guardase bajo su amparo á su hija y sus bienes, el israelita le recibió en sus brazos, y le juró por el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que antes dejaría arrancarse la vida que perder el precioso depósito que se le confiaba.

Amrulcais, despues de darle las gracias en hermosos versos, le dijo: «¡Que no me haya sido dado apreciar hasta hoy tus virtudes! ¡Cuán benéfico asilo hubiera hallado contra mis males en el santuario de tu hospitalidad! Pero no lo ha permitido la ley de mis errantes destinos, y el heredero de una corona no debe darse al reposo mientras que la vea colocada sobre frente agena y enemiga. Mas no debo ocultarte el nombre del amigo leal á quien debo la dicha de conocerte. El emir Fezarita Amr-ebn-Gyaber, es quien, encareciéndome justamente tu fidelidad y nobles y liberales prendas, me dijo: Pues buscas un asilo donde abrigar las reliquias de tu fortuna, marcha al castillo de Alablac, cerca de Teimá, donde vive su señor el judío Samuel ebn'Adia. La corte del monarca mas poderoso no te brindaría abrigo tan favorable y seguro cual te lo concederá sin duda en Alablac ese hombre generoso y fiel, célebre en la comarca y fuera de ella por la protección y amparo que otorga á los peregrinos y á todos los perseguidos por la fortuna, con quienes parte su pan y su amor. Amr envió conmigo un guía que me condujese á tu presencia, y es el Fezarita Rabi, á quien ves á mi lado.»

Despues de esto, Amrulcais hizo á Samuel larga relación de sus infortunios y vicisitudes,



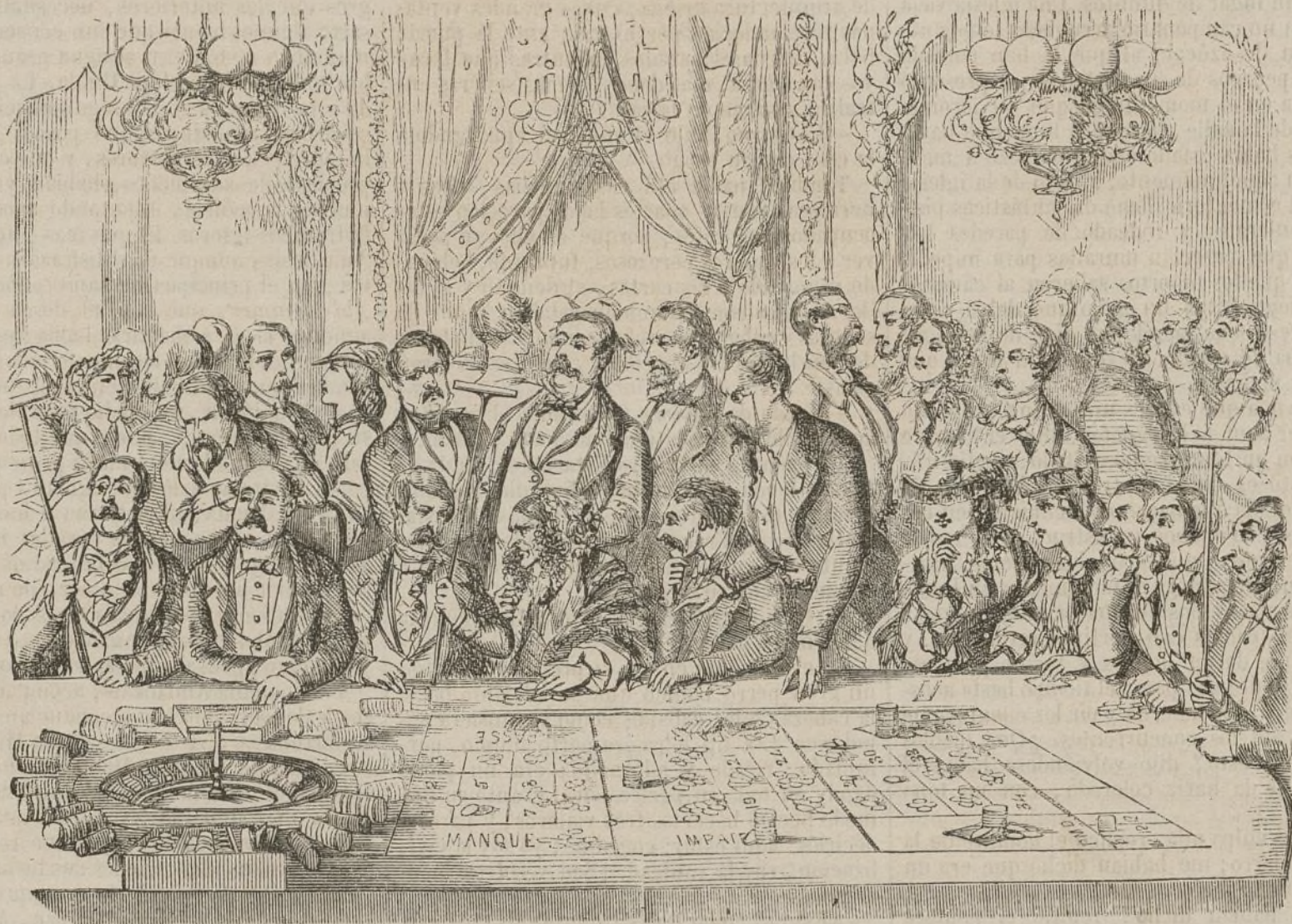
concluyendo su razonamiento con estas palabras:

«La esperanza de mejorar mi suerte, que nunca me abandona, y el empeño de reconquistar mis señoríos y corona ó morir en mi demanda, me llevan á la corte del César para solicitar su auxilio. No quiero esponer á una hija que es mi único bien y consuelo, y las alhajas que me han legado los reyes mis antepasados, y son el lustre y honra de mi casa, á los riesgos de estas empresas; todo ello lo encomiendo á tu fidelidad. Conserva ese tesoro

hasta que vuelva en persona á reclamártelo; ó si el Arbitro de los días tiene decretado que muera en la tierra extraña, ausente de lo que mas amo, manten á tu lado á mi hija Hinda, cuya tutela y educacion confio además á mi primo Yezid-ebn-Haret, que aquí está presente, y hazla señora de los pocos bienes que el cielo nos ha dejado.»

Samuel le prometió de nuevo velar día y noche por aquel sagrado é inestimable depósito. Mandó luego aderezar una magnífica tienda cubierta de ricas pieles para morada de

Hinda, y preparar otras mansiones para el príncipe, para el tutor de su hija, y para el resto de la comitiva. El mismo Amrulcais permaneció por algun tiempo gozando las comodidades y regalo del hospedaje verdaderamente régio, con que le obsequiaba Samuel. Mas resuelto á pasar á Constantinopla, sin que le disuadiesen de esta empresa los ruegos y reflexiones de su valedor, éste, cuya reputación é influencia era tal, recomendó por cartas al príncipe ó rey Ghassanita Alharetz, á quien mas arriba nombramos, para que reci-



La mesa de la ruleta en Homburgo.

bido bajo su amparo y proteccion, pudiese marchar con toda seguridad á la corte del emperador, y fuese conducido á su presencia misma con aquella honra y consideracion que convenia á un príncipe como él. Ya dijimos como este Alharetz, á quien Samuel recomendaba á Amrulcais, era el mentido amante de Hinda, y el codicioso de los bienes del príncipe su padre. Desgraciado en cuanto emprendia, Amrulcais vióse en la necesidad de acudir al amparo de aquel enemigo encubierto; así que, resignado ante la ley de sus destinos, y recibiendo los auxilios de Alharetz, marchó á Constantinopla hácia el año de 535 de nuestra era.

Amrulcais llegó sin contratiempo á la corte de Justiniano, quien le acogió benignamente, le dispensó toda honra, y finalmente, puso á sus órdenes un ejército con que partiese á recobrar sus dominios. El príncipe Quendita vió de nuevo reanimarse sus esperanzas; creyó terminarian pronto las desgracias y azares que hasta aquel día le persiguieran de continuo, y finalmente, en sus sueños, miró ornadas sus sienes con la corona paterna. Pero el destino lo dispuso de otro modo.

En tanto que alcanzaba el emperador el socorro prometido, Amrulcais, cuya presencia era gallarda, y sus palabras llenas de mágica elocuencia, supo inspirar amor á una princesa, hija de Justiniano, si ha de darse crédito al testimonio de los historiadores árabes. No

era en verdad el carácter del príncipe poeta el mas á propósito para hacer frente á las contrariedades de que le habian rodeado las desgracias de su familia y ruina de su casa, sin contar sus propios infortunios, porque si bien se hallaba dotado de valor y constancia, abandonándose, empero, al placer, dejaba malograr todas las ventajas que fueran fruto de su anterior esfuerzo. La temeridad de que se hizo culpable en estos amores, fue causa de su completa ruina. Porque ya fuese que el emperador recelase lo sucedido, ó ya que le delatasen, segun su cuenta, sus émulo y enemigos, ello es que ofendido aquel monarca de tanta ingratitud, resolvió vengar su ofensa con la muerte del príncipe. Con este designio, puesto ya en marcha Amrulcais con las tropas auxiliares que del emperador habia recibido, envióle este una *holla* ó túnica de honor emponzoñada. Tal hecho, en verdad parecia fingido por los escritores árabes que lo refieren, á imitacion de lo que cuenta de Hércules la mitología, si la historia no nos presentase otros ejemplos semejantes. Vistiéndose el príncipe aquella túnica, no tardó el veneno en cubrirle todo de úlceras, y aunque sin poder llegar á su pais natal, vivió todavía algun tiempo en infinitos padecimientos, hasta su muerte, que acaeció en Angora, llamada por los árabes *Anquir* por los años de 540 de nuestra era.

Aunque el príncipe Ghassanita Alharetz no habia osado negar su favor á Amrulcais, cuan-

do recomendado por Samuel le habia pedido su auxilio para pasar á Constantinopla, luego que supo su muerte, creyó que nada le impediria el apoderarse de las ricas armaduras por tanto tiempo codiciadas y de la hermosa Hinda. Después de la partida de Amrulcais, habia visitado varias veces á su hija en el castillo de Alablac, y propuéstola que le siguiese, abandonando aquella mansion hospitalaria y trayendo consigo sus bienes. Hinda, criada en el recato y la virtud, por mas que amase al príncipe, rehusó siempre acceder á sus lisonjeras y engañadoras propuestas, jurando que no dejaría sin voluntad de su padre la mansion donde él la habia procurado un asilo seguro y benéfico.

Mas el soberbio y codicioso príncipe, no contando lo bastante con el amor de Hinda para el logro de sus pretensiones, tomando consigo un crecido número de tropas, vino á participar á su amada la infausta nueva de la muerte de su padre. Alharetz dejó sus guerreros, que todos eran bravos ginetes, á la vista del castillo, mandándoles que estuviesen apercebidos para todo y aguardasen sus órdenes. La hermosa hija de Amrulcais, pálida y llorosa como una cándida azucena de los valles bañada por el rocío de la aurora, escuchó de los labios de su amante toda la triste relacion del gran infortunio con que habia querido el cielo probar su virtud é inocencia. La infeliz huérfana comprendió cuánta era su desgracia, y hallóse á punto de buscar consuelo á ella en los brazos



del que amaba. Propúsole este de nuevo que dejase aquella mansion hospitalaria, y que siguiéndole para ser feliz con él, trajese consigo todos sus bienes, que en calidad de esposo bien podía confiarle. Pintóla con elocuentes palabras el porvenir de felicidad, el Eden de delicias que iba á brindarle su amor, si accedía á su propuesta. Pero la memoria de su padre, que la habia confiado al amparo de Samuel, protegiendo así su tierna juventud é inocencia, contra las seducciones del mundo y los engaños de su mentido adorador, un presentimiento de la ingratitude con que pagaria tal vez el poderoso príncipe el abandono de la niña pobre y huérfana, y el respeto en fin al judío, su benéfico y liberal patrono, y al tutor que la habia nombrado su padre, la detuvieron al borde del precipicio. Hinda, sin negarse enteramente á las instancias de Alharetz por temor de ofenderle, le significó que todavía no era dueña de sí misma ni de sus bienes; que acudiese á las personas á quienes la habia fiado su padre, aunque estaba segura que no permitirían los abandonase su pupila hasta el tiempo de su mayor edad, y que causándole gran dolor negar algo á quien tanto amaba, se sometía, empero á la voluntad de los que tenían autoridad sobre ella. Alharetz, despechado por tal resistencia, que atribuyó á debilidad y timidez de la tierna joven, antes que á virtud y respeto á la paterna voluntad, corrió en busca de Samuel, y pensando que con fiereza y alarde de su poder fácilmente le vencería, mandóle con imperio le entregase el sagrado depósito que habia fiado en sus manos el rey errante. Indignóse Samuel al oír tal propuesta, que hacia ultraje á la fidelidad de que siempre se habia gloriado, y reprendió al príncipe su torpe designio, con aquella firmeza y dignidad que dan la virtud y la grandeza de alma. Alharetz le replicó que estaba resuelto á apoyar su pretension con las armas, y que si

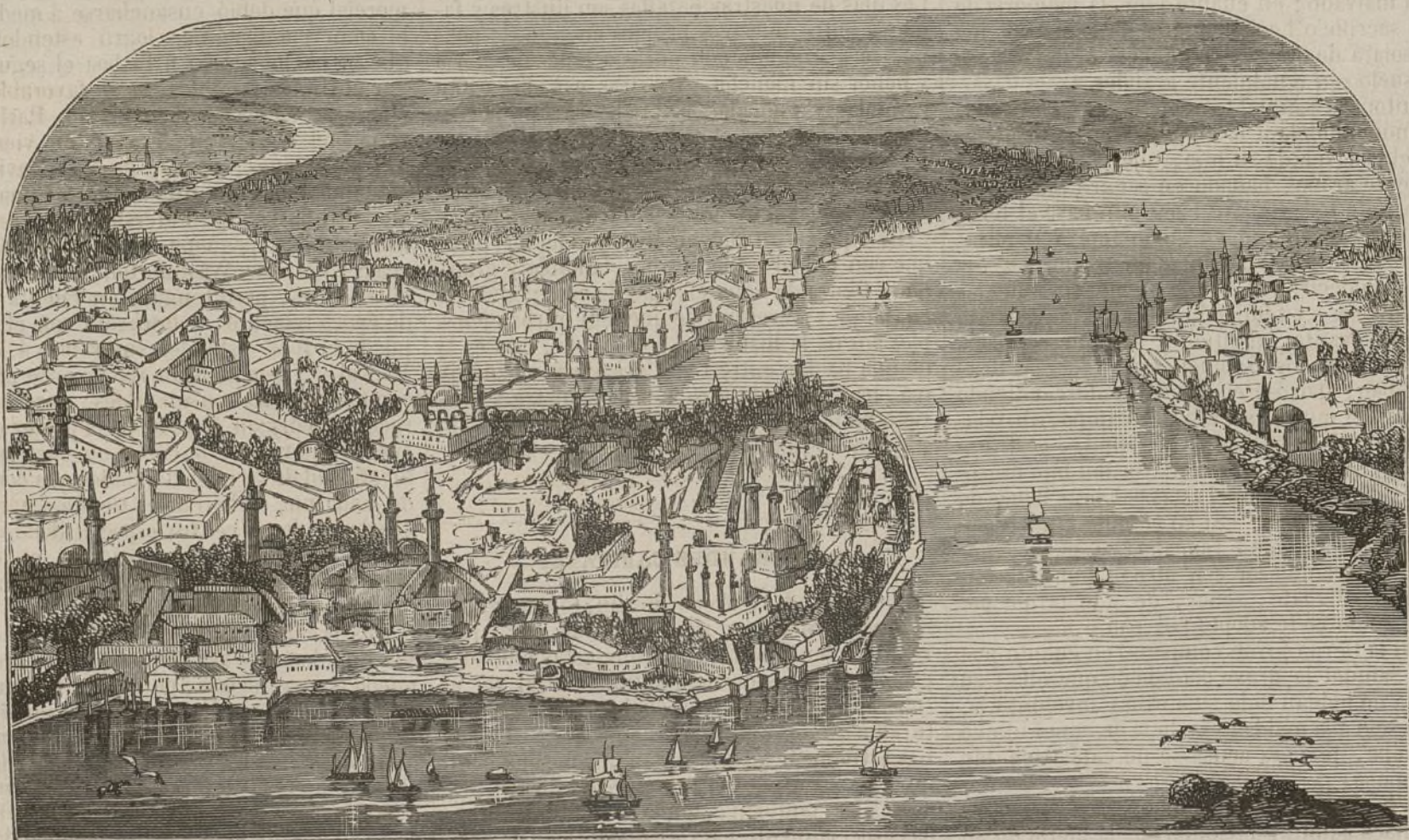


El general Mina.

no de grado, le haria entregar por fuerza los tesoros que codiciaba. «El Dios de mis padres, respondió Samuel con resuelto ademan, me protegerá contra tu tiranía y violencia; antes que acceder á tu injusta demanda y quebrantar los santos deberes de la hospitalidad, estoy decidido á morir entre las ruinas de mi fortaleza. Parte, mal aconsejado príncipe, á desafiarme con tu poder; Dios amparará mi causa, porque es justa.»

El príncipe salió de la presencia de Samuel y del castillo, lleno de rabia y furor, y mandó al punto á los suyos que sitiase la fortaleza y la combatesen poderosamente hasta que echasen por tierra sus torres y sus muros. Pero el judío, fiado en lo fuerte y defendido de Alablac, en el valor propio, y en el de sus pocos, pero esforzados guerreros, sostuvo el asedio con gran brío y pujanza, rechazando mas de una vez á los sitiadores y causándoles no poca pérdida y estrago.

Empero un lance inesperado vino á poner en gran conflicto y aprieto al defensor de Alablac. Tenia Samuel un hijo, mancebo ardiente y valeroso, aunque de pocos años, á quien como único que era, báculo de su ancianidad y heredero de su nombre y de su fortuna, amaba con extremo y procuraba su bien con tierno y solícito cuidado. Este mancebo, como quier que fuese de ánimo varonil y esforzado, irritado con la arrogancia y porfía de los enemigos, sin dar cuenta de ello á su padre, salióse del castillo con algunos valientes, y embistió á los guerreros del príncipe Ghassanita con gran valor y denuevo, pero con tan adversa fortuna, que cayendo sobre él gran golpe de los contrarios, aunque escarmentó á algunos, tomóronle al cabo prisionero. El hijo de Samuel fue conducido á la presencia de Alharetz, quien gozoso sobremanera de tan favorable suceso, envió luego á decir al judío que si quería rescatar á su hijo, le entregase en cambio á la hija de Amrulcais y las famosas armaduras. Negóse Samuel á esta inicua proposicion, jurando que antes dejaria sacrificar á un hijo tan amado que faltar villanamente á su palabra, aunque la tuviese empeñada con un difunto y violar los sagrados deberes de la hospitalidad. Empero, lleno de congoja y sobresalto por la suerte de su hijo, subióse al muro para observar de allí lo que hacian sus contrarios. El despiadado príncipe, que acaba-



Las grandes capitales. — Constantinopla.



ba de escuchar la negativa de Samuel, al divisarle en lo alto del muro, desnudó su espada, y esgrimiéndola sobre la cabeza inocente del joven israelita, á quien tenía á su lado, amenazó á su padre con que le quitaría la vida si rehusaba por mas tiempo acceder á su demanda.

En tanto Hinda, que retirada en su tienda lloraba en la soledad sus males, avisada por una de sus esclavas de lo que sucedia, corrió en busca de Samuel para rogarle que no solo con su fortuna, sino aun con su vida misma, la dejase satisfacer la codicia del tirano y evitara que tomase torpe y cruel venganza vertiendo la inocente sangre de su hijo, puesto que ella le absolveria de la fidelidad jurada á su padre y á ella misma. Pero cuando desalada llegó cerca de la muralla, vió bajar de ella á Samuel, cuyo semblante, marcado con las huellas de un inmenso dolor, manifestaba que se habia consumado el sacrificio. Mas la joven en su emocion no echó de ver en aquel instante el abatimiento que se pintaba en el rostro del anciano, y con voz desfalleciente: «¿Se ha salvado?» le preguntó.

Samuel posó con triste dulzura sus estraviados ojos en Hinda, y luego, conteniendo las lágrimas que á ellos se agolpaban, respondió entre sollozos. «Sí, ya disfruta el hijo mio de salvacion.» «¡Oh! ¡Cuánto gozo en ello!» dijo la tierna joven, que no habia comprendido las palabras del anciano. «¡Oh, padre mio! añadió; venia á pedirte una gracia que no dudo me concederá tu bondad. Yo amé á ese infame príncipe con locura, engañado mi corazón por las nobles prendas de que le creyó dotado; pero conducta tan execrable ha convertido mi ternura, sino en odio, en indiferencia y desprecio. Sin embargo, todavía me resigno á ser su esposa cual desea, y hacerle dueño de mis bienes, absorbiéndote de la palabra jurada á mi padre, y de todos los deberes de la hospitalidad, porque se salve el hijo de tu amor; tu fidelidad bien puede permitir que haga dueño á mi esposo de mi mano y mi fortuna.» «Agradezco tu bondad, dijo Samuel con acento de profunda resignacion; pero ya es tarde; mi hijo no goza de salvacion sino en el Eden; el furor bárbaro de ese mal príncipe le ha sacrificado; pero no me pesa de haber guardado fielmente mi palabra, aun al precio de la sangre de un hijo único; las acciones grandes y virtuosas son los hijos mas dignos del hombre; tú regójate de no haberte unido á un malvado; en cuanto á mí, la memoria de este sacrificio hecho en aras de la virtud, me consolará de tamaña pérdida; mi dolor y mi consuelo son igualmente grandes.»

Entonces Samuel tomó de la mano á Hinda, y conduciéndola á la cima del muro, le mostró el cadáver de su hijo, que yacia sobre la ardiente arena, bañado en sangre reciente y humeante todavía. No lejos mirábase al feroz príncipe gozándose en su infame venganza. Samuel é Hinda alzaron á un tiempo su voz para maldecirle. Alharez debió oír aquellas maldiciones, y temiendo al cielo, de repente mandó levantar el sitio, y huyó despavorido con sus soldados. Samuel, cuyas fuerzas desmayaban, apoyóse en Hinda, y descendiendo ambos del muro, salieron al campo, abandonado por los enemigos. Allí, Hinda, postrándose de hinojos ante el cadáver del hijo asesinado, dirigió á Samuel estas palabras llenas de profunda emocion: «Si en pérdida tan irreparable cabe humano remedio; si puedes por ventura reemplazar con otro el hijo que has perdido; dignate, señor, de adoptarme por hija, como yo te adopto por padre.»

Así la tierna joven compensó en cuanto pudo á Samuel la grave pérdida de que ella y su padre no habian sido sino causa involuntaria, pues solo á la maldad y codicia de aquel inicuo príncipe, pudiera acusarse de catástrofe tan lastimosa.

El hecho memorable que hemos consignado nos hace admirar á Samuel por la gloria de su heroismo; para que pueda admirarse igualmente por la gloria de su ingenio, traducire-

mos aquí una de las poesías mas notables que compuso, y digna de llamar nuestra atencion por los pensamientos morales, heroicos y guerreros que en ella abundan, colocándola entre las mas hermosas de que se gloria la musa épica árabe de aquellos tiempos. Héla aquí:

«Cuando el hombre no mancilla su honra con crímenes, en cualquier traje que vista aparece honrado y magnífico.»

«Y quien no arrostra con noble resignacion las injusticias de la suerte, no es acreedor á la hermosura de la alabanza.»

«Echannos en cara que somos pocos; mas pocos son en verdad los nobles y distinguidos.»

Y en vano dicen: «Locura es que el linaje de Adia entre en contiendas de gloria, siendo escaso en número y humilde.» «Porque no nos perjudica el ser humildes y pocos, si sabemos dar honra al que amparamos, y cuando no prueba sino deshonor el que amparan esos que se glorían de ser ilustres y muchos.»

«Nosotros poseemos un monte inaccesible, donde se amparan nuestros patrocinados; monte que por su altura asombra, y fatiga las miradas de quien le contempla. Es el castillo de Alablac el sin par, cuyo nombre vuela en alas de la fama: alcázar inespugnable y altísimo. Con hondas raíces se afirma bajo la tierra, y levanta hasta los astros su empinada cima, donde nadie puede alcanzar. Nosotros, en verdad, somos de una estirpe que no tiene á mengua el morir, como lo tienen á mengua los de Amer y Selúl.»

«Ninguno de nuestros príncipes y señores acaba con muerte natural y tranquila, y sin embargo no dejamos correr sin venganza la sangre del asesinado. Nuestras almas se agitan sobre el hierro de nuestras espadas, y solamente sobre él se agitan. Jamás empañamos el brillo de nuestra raza, porque de padres nobles y sin mancha, linaje claro y noble traemos.»

«Somos puros y liberales como el rocío de las nubes: no se encuentra entre nosotros acero embotado ni mano mezquina. Podemos culpar á otros por sus palabras, sin que ellos puedan culparnos por las nuestras.»

«No se apaga jamás nuestro fuego para el huésped que llega de noche, ni pudo quejarse de nosotros quien recibió nuestra hospitalidad. Los dias de nuestras batallas son ilustres y famosos entre nuestros propios enemigos, porque se distinguen con puras señales de gloria y honor sin mancha. Nuestras espadas están hendidas y melladas por todas partes, por su continuo golpear sobre los guerreros armados de corazas. Nuestras espadas, cuyas hojas no vuelven á la vaina en tanto que los escuadrones no han combatido con mútua carnicería.»

Hé aquí retratada, amantísimo lector, aunque con pincel torpe y rudo, la noble y grandiosa figura de Samuel, uno de esos genios de la virtud y heroismo de que tan raros ejemplos nos da la historia. La española, que es la de una nacion entre todas grande y magnánima, nos presenta otro aun mas ilustre y glorioso en la persona del héroe de Tarifa, siete siglos posterior al de Alablac.

F. J. SIMONET.

#### LAS GRANDES CAPITALES.

París, Lóndres, Viena, Berlin, Copenhague, Stokolmo, Madrid, Lisboa, Munich, etc., han venido á ser capitales, porque estas ciudades están habitadas de tiempo inmemorial por el soberano, alrededor del cual se agrupan naturalmente las autoridades superiores. La antigua Roma llegó á ser capital, porque conquistó poco á poco el pais que le rodeaba.

Mas hay tambien ejemplos de capitales creadas especialmente para este objeto, ó de ciudades erigidas en capitales por un acto solemne. En la primera categoria se encuentran

San Petersburgo, Washington, Carlsruhe; en la segunda. Constantinopla, Berna, Albani y otras.

Con muy pocas escepciones, las capitales son ciudades muy populosas; sin embargo, no suelen estar siempre en la misma proporcion el número de sus habitantes y el de la poblacion total del pais, como se puede ver en el siguiente cuadro:

	Por 1,000 habitantes.
Lóndres. . . . .	93'6
Lisboa. . . . .	61'1
Copenhague. . . . .	59'5
Atenas. . . . .	55'2
Dresde. . . . .	55'0
Santiago. . . . .	51'3
Cassel. . . . .	50'6
Nápoles. . . . .	45'7
París. . . . .	45'3
Rio-Janeiro. . . . .	38'5
Darmstadt. . . . .	37'4
Bruselas. . . . .	36'9
Turin. . . . .	34'0
Cristiania. . . . .	31'2
Munich. . . . .	29'7
Stuttgart. . . . .	28'9
Berlin. . . . .	27'5
Stokolmo. . . . .	27'1
La Haya. . . . .	22'3
Constantinopla. . . . .	22'0
Carlsruhe. . . . .	19'4
Viena. . . . .	14'9
Madrid. . . . .	11'3
San Petersburgo. . . . .	7'0
Hannover. . . . .	33'3

Si estas ciudades hubiesen sido clasificadas segun su poblacion absoluta, se hubiera encontrado el orden siguiente: Lóndres, París, Constantinopla, Berlin, San Petersburgo, Viena, Nápoles, Rio-Janeiro, Madrid, Lisboa, Turin, Bruselas, Munich, Dresde, Stokolmo, Santiago, La Haya, Hannover, Atenas, Stuttgart, Cassel, Darmstadt, Carlsruhe.

No parece difícil indicar respecto de algunas capitales las circunstancias que han favorecido su crecimiento extraordinario y las que han retardado el progreso de las demás. Lóndres no era y no es solo la residencia de la corte; lo es tambien de un parlamento que cuenta entre sus miembros todos los grandes propietarios y gran número de personas ricas: la metrópoli inglesa es además un centro comercial que debió ensancharse á medida que el comercio británico logró extenderse. Lo que ha hecho ocupar á Lisboa el segundo lugar entre las capitales, es su favorable situacion á la embocadura del Tajo. París, y se trata del París aumentado, no viene sino mucho despues; no es, pues, todavía en la actualidad mas que una capital de una poblacion ordinaria. San Petersburgo es relativamente la mas pequeña de las capitales europeas, y despues Washington, la mas pequeña entre todas, pero téngase en cuenta que es de época reciente, y que solo con el tiempo puede el roble extender sus ramas á lo lejos. Madrid y Viena figuran igualmente entre las capitales menos considerables; pero esto parece proceder en España de la aridez del territorio que rodea á la corte; en Austria, de la diversidad de las nacionalidades que comprende, cada una de las cuales tiende á agruparse alrededor de un centro especial donde se habla su dialecto; la diferencia de los idiomas hace de Viena una ciudad extranjera para muchas de estas nacionalidades.

¿Es preferible para un pais que su capital sea grande ó que sea pequeña? Esta pregunta puede parecer ociosa, porque la fuerza de las circunstancias es la que atrae ó separa á las poblaciones. En vano se abren calles en Washington, y cuando en París se despide á los obreros sin trabajo por una barrera, vuelven á entrar por otra con pasaporte ó sin él. Pero ya se han dado ejemplos de cambiar la residencia de un gobierno; y aun cuando tal cambio fuera completamente imposible, siem-



pre sería conveniente conocer la influencia que puede ejercer la capital.

Toda ciudad grande es un centro intelectual. Cada hombre, cada hombre, instruido sobre todo, es, por decirlo así, un rayo, y cuanto mas numerosos son en un punto dado, tanto mas ardiente es el foco que forman. Así es que, según lo indica la etimología, en las ciudades es donde ha nacido la civilización.

Las capitales tienen la ventaja especial de ser generalmente ricas, de poseer numerosas instituciones, cuyas luces se difunden á lo lejos. Por esto naturalmente cerca de su origen es donde estas luces brillan con mas intensidad.

Un gran centro de consumo atrae á los productores.

Los talleres se convierten en manufacturas cuando se encuentran en circunstancias favorables. Los capitales y los brazos abundan; la salida es fácil y el empresario cuenta siempre con el concurso de las artes y de las ciencias. Las capitales tienden, por consiguiente, á convertirse en ciudades industriales, y la aglomeración de poblaciones mal instruidas, movibles, muy impresionables, desprendidas de todo vínculo de propiedad, constituye un elemento cuya política debe tenerse en cuenta. Si en estas ciudades los vicios son frecuentes, consiste en que las tentaciones son numerosas y el *respeto humano* casi ninguno.

Una capital tendrá siempre necesariamente una gran influencia sobre el país. Esta influencia puede ser disminuida por la de otros grandes centros que resisten con tanta mas fuerza cuanto mas desarrollada se encuentra en ellos la vida provincial, el espíritu público y las riquezas, y cuanto mas vivas conserven sus tradiciones. Pero quedará siempre en favor de la capital esa voz preponderante que todas las legislaciones conceden al presidente.

Esta preponderancia, contenida en justos límites, es completamente legítima, y se funda en la naturaleza humana. El número, las luces, la experiencia política y especialmente las riquezas, se reúnen para formar un peso que debe influir de un modo notable en la balanza de los destinos de una nación. Esto no debe ser motivo para que la capital se crea con derecho para imponer la ley al resto del país, para derribar los gobiernos é introducir la anarquía. Pero si lo consiguiera, esto probaría su poder ó su influencia; y las provincias contra cuya voluntad se habían verificado semejantes trastornos, merecerían sufrir este ultraje, con todas sus consecuencias, por no haber hecho uso de su derecho y de su fuerza.

Prescindiendo de casos escepcionales, la influencia de la capital se ejerce desde luego por vía de irradiación, después por medio de los funcionarios que han vivido en su seno, en seguida por los numerosos forasteros que vienen á inspirarse en ella. En la capital es donde habitan las diversas aristocracias, las grandes familias, los altos funcionarios, los sabios ilustres, los artistas célebres y los autores mas conocidos; á la capital es á donde se dirigen las aspiraciones de todos los espíritus progresivos, lo mismo los graves que los atrevidos.

La preponderancia de una capital está reconocida de tal modo, que ha bastado muchas veces al enemigo ocuparla para considerarse en estado de dictar la paz.

Pero se engañaría el que creyese que esta es una consecuencia necesaria de la invasión de la capital; pues muchas veces no es mas que una coincidencia. Con la capital se quitan, es verdad, grandes recursos al enemigo; se dispone de las fuerzas de la administración, la mas poderosa de todas las máquinas que forman el asombro de nuestra época; se produce tambien un gran efecto moral. Pero si desde ella es fácil dictar las condiciones de la paz, es porque estando muy defendido el camino de la capital, no se penetra en ella sino después de haber conseguido muchas victorias. La sumisión procede de haber agotado el

país sus fuerzas. Si hubiese todavía medios de resistencia, el prestigio de la capital no impediría la continuación de la guerra.

¿La ocupación de Londres, que es la mayor de todas las capitales, pondría fin á una guerra con Inglaterra?

MAURICIO BLOCK.

#### NOCHES DE INVIERNO.

A UN AMIGO.

Ya espira el postrer hálito  
del moribundo estío,  
llega el invierno gélido  
con fúnebre atavío,  
y estiende do quier rápido  
su manto de cristal.

Ya en los peñascos cóncavos  
su nido busca el ave,  
se trueca en cierzo horrisono  
el cefirillo suave,  
y los alegres cánticos  
en queja funeral.

Mas el humano espíritu  
subyuga á la natura,  
trueca las noches lóbregas  
en noches de ventura,  
y corre en pos del júbilo  
con incansable ardor.

Al ¡ay! que exhala el ábrego  
responde la armonía  
de una excelente música  
que el ánima estasia,  
ó el fiel traslado histórico  
de una época anterior.

Ya los palenques ábrese  
do la hermosura lucha,  
amor del alma férvida  
la fiel plegaria escucha,  
y con placer reanudándose  
los lazos de amistad.  
¡Cuán bello es tras las lágrimas  
que arranca ausencia fiera,  
oir la voz dulcísima  
del alma compañera,  
que fue consuelo y bálsamo  
de amarga soledad!

Noches de invierno lúgubres  
¡oh cuánto sois hermosas,  
si la amistad angélica,  
las artes portentosas,  
hacen vibrar las flébiles  
notas del corazón!  
Noches de invierno tétricas,  
tended el negro manto,  
por conjuraros brindanos  
la sociedad su encanto,  
que contra el tedio rémora  
artes y amistad son!

Y aun en tigurio mísero  
si el negro pan abunda,  
aunque descargue el ábrego  
su saña furibunda,  
brinda su capuz lóbrego  
delicias sin igual.  
¡Oh cuánto es bello al pálido  
fulgor de luna triste,  
ver la brillante sábana  
que la campaña viste,  
mintiendo un mar de nítidos  
diamantes de cristal!

Y entre el rumor monótono  
del agua que gotea,  
¡cuán grato es ver la aurífera  
llama que al viento ondea,  
y en torno al hogar cálido  
su historia referir!  
O en la estancia recóndita,  
dó no penetra el ruido,  
en animada plática  
con un autor querido,  
sentir de inmenso júbilo  
el corazón latir!

Bella es la blanca túnica  
del alba placentera,  
bello es el rayo espléndido  
del sol de primavera,

cuando renace el mágico  
soplo de ardiente amor;  
pero es mas dulce el ánima  
que á meditar se inclina,  
ver los desnudos árboles  
perderse en la neblina;  
ver el desierto páramo  
sin galas ni verdor.

Que entonces una lágrima  
de la pupila brota,  
halla un acorde angélico  
el alma en cada nota,  
y gozo en dulces éstasis  
sin par beatitud.

¡Y entonces el espíritu  
hasta su Dios se encumbra,  
sobre las nubes cándidas  
mundo mejor vislumbra,  
y sueña gloria célica  
detrás del ataud!

Amigo, tú á quien plácida  
dicha embalsama el alma,  
tú á quien la paz benéfica  
brinda reposo y calma,  
canta ese sol magnífico  
que alumbra la creación.  
Y deja que mi cítara  
templada en mi amargura,  
cante de invierno tétrico  
la negra vestidura  
que es de esas noches símbolo  
no ¡triste corazón!

ANGELA GRASSI.

#### EL CARDENAL GRANVELA.

Antonio Perrenot, cardenal Granvela, nació en Besanzon, capital del Franco-Condado en 1517 y fue hijo de Nicolás Perrenot, señor de Granvela, que siendo de una familia humilde, llegó por su mérito á ser canciller del emperador Carlos V. Antonio Perrenot, dotado de un singular talento é instruido en las academias mas célebres de Europa en las lenguas y en las bellas letras, y en la elocuencia adquirió, bajo la disciplina de su padre, que lo educó con mucho cuidado, una gran destreza en el manejo de los negocios, por lo que habiendo sido nombrado al ministerio, dió muestras de merecer el lugar de su padre, mas por sus méritos propios que por consideración á los servicios de aquel. Igualó en muchas cualidades á su padre, y escedió en otras, principalmente en la elocuencia é ingenio, pues ocupaba cinco secretarios á la vez dictándoles sobre diversos asuntos y en lenguas diversas, pues hablaba siete con perfección. Dedicado al estado eclesiástico, fue nombrado primeramente canónigo y arcediano de Arras y llegó á ser obispo de esta diócesis. Contaba veinte y cuatro años cuando habló con gran vehemencia en el concilio de Trento, y después sirvió al emperador en diversas embajadas á Francia, á Inglaterra y otras partes. Estimábase mucho este monarca, y cuando abdicó sus coronas, lo recomendó á su hijo Felipe II. Granvela supo captarse la benevolencia de este príncipe, en términos, que no resolvía cosa alguna sin su consejo. Fue después nombrado arzobispo de Malinas y de Besanzon y creado cardenal por Pio IV en 1561. Felipe II, que lo habia nombrado consejero de Margarita de Parma, gobernadora de los Países-Bajos, lo llamó á España y posteriormente lo envió á Roma á la elección de Pio V, y Nápoles con el carácter de virey. Volvióle á llamar á España Felipe II y lo dejó en Madrid encargado en los negocios de España mientras iba á tomar posesión de la corona de Portugal en 1580. Cuando don Juan de Austria estaba para embarcarse en la armada que triunfó del poder del turco en Lepanto, el cardenal Granvela le entregó el estandarte. Era ingenioso y fecundo en proponer consejos; pero su privanza con Margarita de Parma lo hizo odioso á la nobleza flamenca que sistemáticamente le hicieron todo género de oposición. Murió en Ma-





Las grandes capitales.—Sevilla.

drid lleno de gloria y sentido de su rey el 21 de setiembre de 1586, á los setenta años de edad. Su cuerpo fue llevado á Besanzon y sepultado en el convento de los carmelitas. Algunos autores lo han acusado sin razon de haber contribuido con sus consejos á las turbulencias de los Países-Bajos por su dureza y terquedad, y entre ellos, el jesuita Famiano Estrada en su obra de *Bello belgico*.

L. M. R. C. D.

#### ACTUALIDADES.

Son numerosas las personas que nos remiten composiciones literarias, artículos y poesías de mas ó menos mérito, y mas ó menos aceptables, rogándonos las insertemos en el SEMANARIO POPULAR, sin duda porque sabiendo la increíble popularidad y circulacion que tiene entre todas las clases esta publicacion tan útil como modesta, desearian ver en sus columnas sus nombres y sus conceptos. Sucede mas (como nos seria fácil acreditarlo) y es que hasta se nos hacen ofertas para remunerarnos la publicacion en el SEMANARIO de sus producciones, pero esas personas amantes de la literatura ignoran sin duda que contamos con la cooperacion de los principales literatos del pais y aun algunos del extranjero, y que la redaccion se basta á sí misma por ser tambien muy numerosa, por lo que aceptamos ó desechamos producciones de plumas extrañas sin necesidad de ofertas pecuniarias, que no admitimos jamás, no mirando al publicarlas otra cosa que el interés del crecido número de nuestros lectores.

En la última sesion del Senado, uno de los señores senadores ha dirigido interpelacion al gobierno acerca de la necesidad que hay de reprimir y castigar esas execrables imprecaciones con que se blasfema del santo nombre de Dios y de su Santísima Madre en las calles

y en las plazas, por ancianos y por jóvenes, por hombres y mujeres, en menosprecio de las leyes divinas, eclesiásticas y civiles. Sobre la inobservancia pública del precepto divino, eclesiástico y civil, por el que está mandada la guarda del domingo y demás dias festivos. Sobre los desórdenes escandalosos y públicos del miércoles de Ceniza y diversiones en el santo tiempo de Cuaresma. Sobre la necesidad y conveniencia de poner remedio á la enseñanza pública, y de rever y reformar, en su caso, el plan de estudios. Sobre la venta pública y el uso de armas alevosas.

Entre los proyectos que parece van á proponerse al ayuntamiento de esta corte, se cuenta el de embellecer algunas calles y plazas con bustos de hombres notables que hayan servido al pais ó sean dignos de pasar á la posteridad en el recuerdo vivo de sus compatriotas. Las calles de Espoz y Mina, de Colon, Daoiz y Velarde, Quevedo, Jovellanos, y otras se encuentran en este número.

El domingo 17 celebraron en la iglesia de San Antonio del Prado los individuos del arte tipográfico el solemne culto que tributan todos los años á su santo patrono tutelar, San Juan Ante-Portam-Latinam. Esta asociacion religiosa y de socorros mutuos, viene prestando inmensos beneficios á los tipógrafos desde hace tres siglos que data su fundacion, habiendo sido despues de varias vicisitudes reorganizada hace pocos años. La funcion fue magnífica. El ilustrado sacerdote señor don Felipe Velazquez Arroyo, en el brillante panegirico del santo nos manifestó una vez mas sus escelentes dotes de orador sagrado, estendiéndose oportunamente al final del sermón en varias consideraciones sobre la filosofia del arte de la imprenta, para aprovecharlo y edificacion de cuantos tuvimos el

gusto de escucharle. Asistió un conjunto escogido de voces é instrumentos. Felicitamos al orador y á aquellos laboriosos artistas.

La edicion monumental del *Don Quijote* que publicó don Tomás Gorchs en Barcelona, y de la cual está haciendo segunda impresion, es sin duda una de las obras mas notables que se han hecho en España en nuestro siglo. Los tipos, el papel, las láminas, los adornos, todo es bello en esta edicion, digna bajo todos conceptos de ocupar un distinguido lugar en todas las bibliotecas. Pero no es la parte tipográfica únicamente lo que debe llamar la atencion en esta obra importante, sino la correccion y pureza del texto, y el considerable número de variantes con que su laborioso editor la ha enriquecido. Preciso es examinar detenidamente este concienzudo trabajo, para hacerse cargo de la prolija minuciosidad con que el señor Gorchs ha ido rebuscando todas las diferencias que se notan en las primitivas ediciones, sacando de entre ellas con muy buen criterio el verdadero texto del Quijote, y adoptando con estremado tino las correcciones de algunos yerros debidos evidentemente al atraso de la imprenta en aquella época. Bajo este punto de vista el señor Gorchs ha hecho un verdadero servicio á la literatura española, como lo ha hecho tambien á la España toda, honrando con su magnífica edicion la memoria del gran Cervantes, á la cual modestamente la dedica.

Creemos y esperamos que el ilustrado editor barcelonés recogerá pingües resultados de su patriótica empresa, como ha conseguido ya que su nombre se inmortalice, levantando un digno monumento que no perecerá mientras existan bibliotecas.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.